

Las líneas de mi mano

Abril Castillo Cabrera

*Conferencia para las charlas de **Ilustropía**
Auditorio de la Feria Internacional del Libro de Bogotá
27 de abril de 2023, 9:30 am*

Capítulo 1. Taquería los Picudos

¿Qué tienen en común una sombra, veinte jitomates y una escalera?

La respuesta es: las líneas de mi mano.

En ese hueco que se dibuja entre la separación de la vida está lo de mí que no ha cambiado.

He sido bibliotecaria, correctora de estilo, hija y nieta, vendedora de ropa y de tintes para pelo, ilustradora, iconógrafa, profesora, programadora de eventos, cuidadora de enfermos familiares, viajera, curadora de ilustración, alumna, hermana y amiga. En todas mis vidas me pregunto cuál será el salto final, el que vuelque por completo mi pasión y vocación y me coloque en ese tren que me llevará directo a la paz.

Despierto temprano y antes de nada caliento la taza de café que me quedó de ayer. Si soy lo suficientemente expedita, los dos minutos me alcanzan para lavar los trastes sucios de la noche. Si por la tarde no lavamos los de la comida, se prolongará el ritual y el microondas me recordará con bips de más que no he sacado mi bebida ya caliente, calentadas con micro partículas a toda velocidad.

Mi papá me enseñó tres cosas:

1. Que las vacas no tienen reversa.
2. Que lo que se calienta lento se enfría lento.
3. A no olvidar.

Los tres consejos son contradictorios.

Antes de desayunar limpio la cocina y luego empiezo a prepararme algo.

Sé dónde están las cosas en la cocina, me muevo con mayor soltura que en mi estudio.

Llevo años sin dibujar.

Escribo de pie en el metro camino a Coyoacán o acostada en el sillón de la sala. Escribo en mi mente mientras hago ejercicio y lo vuelco todo a mano en un cuaderno que me espera en el suelo del gimnasio. Me obligo a usar la memoria, a confiar que lo que quede

luego de una hora de pensamiento divergente y sudor será lo que más valga la pena.
Será lo único que quede.
El filtro natural.

Si dibujara como cocino quizá no la pasaría mal.
Qué fraude que una ilustradora que no dibuja esté aquí parada.

Dicen que cuando el cerebro sufre un daño en uno de los hemisferios el otro cubre sus funciones.
Empecé a dibujar para poder escribir.
Y dejé de ilustrar cuando escribí una novela.
Me volví editora para entender que las ideas se construyen en colectivo.
Y ahora cocino para probar esas ideas acompañada de otros.

La cocina es técnica disciplina y meditación. Metodologías y herramientas. Intuición.
No quiero ser chef ni trabajar en un restaurante, le digo mentalmente a mi prima Marcia cuando al contarle que aprendí a hacer huevos pochados luego de muchos años de práctica (y el secreto está en el tiempo: en el número exacto de minutos que dejas el huevo en el agua, justo cuando hierve hay que apagarla, cuentas tres minutos y ya está).
Mi prima me responde que por recetas como esos huevos fue que dejó para siempre la cocina. Marcia estudió para chef. Noto un tono triste y quizá amargo en su declaración.
O es un reflejo. Más bien sé que si a mí me saliera un comentario parecido sobre la ilustración sería amargo.

No sé por qué dejé de dibujar.
No sé por qué últimamente tampoco quiero escribir lo que quiero escribir.
Es decir: sé que quiero escribirlo pero me da miedo escucharme en voz alta.
El dibujo tímido tampoco vale la pena.
Hay que hablar en alto o callar.
(No es cierto, más bien hay que hacer lo que cada uno quiera).

La cocina es técnica, disciplina y meditación.
La cocina del dibujo empieza limpiando la mesa.

Eso lo dijo la ilustradora española Noemí Villamuza en un taller en Guadalajara que abandoné al segundo día porque me sentí incapaz.

El día de mi vuelo a Colombia me corrieron del trabajo. Ya se veía venir desde enero. Me convertí en una condenada a muerte por varios meses. Con los amigos del trabajo organizamos ir a comer tacos una noche en que no podíamos más de la incertidumbre y el estrés. De ochocientos empleados de un día a otro nos volvimos cuatrocientos. Este viernes sin mí y los que siguen quedarán poco más de cien.

La taquería Los picudos estaba en la calle de Moras. Los taqueros se pelearon con los dueños y fundaron su propia taquería a la que llamaron "Los auténticos". Mis amigos del trabajo acostumbran comer en ese lugar. Yo también lo acostumbé de niña, era donde mi papá nos llevaba a comer cuando recién se divorció de mi mamá. Pero nos llevaba al de la calle de Moras. Ahora que está por avenida Insurgentes pensaba si eran o no los mismos Picudos. Venir a esta nueva-vieja taquería me hizo pensar en la paradoja de Teseo.

Si el recuerdo es el lugar o si es el sabor o si es las personas que construyen ese sabor. O si ya nunca volverá a existir porque cada parte está fragmentada. Intentamos con todas nuestras fuerzas volver a ese sitio primigenio, pero es la memoria lo que experimenta. ¿El barco es los pasajeros, los recuerdos, o el cuerpo que lo lleva? Cambiamos de células todo el tiempo. Nuestra sangre a veces ya no es nuestra sangre, por años o por transfusiones.

El tuit del escritor mexicano Pierre Herrera: "Más que buscar una voz propia yo busco la imitación, la copia obsesiva, hasta el punto del plagio, del sazón de la sopa de verduras de mi madre".

Si la pintura me llevó a escribir a través de la ilustración, quizá cocinar de algún modo me muestre el camino de regreso al dibujo.

O llegue a otro lugar inesperado.

De esos lugares que uno encuentra sin estar buscando, como dicen que a veces pasa con la cerámica. He intentado decenas de veces estudiar cerámica y solo pienso en la comida que le voy a poner encima, aunque sea una escultura.

Ir a los Picudos, el restaurante que reparó la primera separación de mi vida se sentía lo correcto. Ahora esas personas con las que conviví cuatro años también se irán por caminos separados. Un restaurante viejo en un lugar nuevo. Un duelo con alguien con quien trabajas y se vuelve amigo y en ese sentido también familia. Una vuelta a la infancia.

Capítulo 2: Real Camelinas

La infancia es un paisaje que estamos condenados a volver a ver solamente de lejos. Veo los dibujos de la casa de Morelia, planos que mi papá dibujó en los ochenta, reconozco su mano, sus trazos precisos, me reconforta la composición en la página. Veo e imagino junto a él esa casa que ya no existe, la perdimos, pero quedó ahí como huella indeleble en el papel.

Al principio de *Nobody's business*, un documental dedicado a su padre, Alan Berliner lo graba contando la siguiente anécdota:

Un tipo va a ver a un artista y le pide que le haga un cuadro. El artista le dice que hay dos tipos de cuadros: "Retratos y paisajes". "¿Cuál es más barato?", pregunta. "El paisaje", dice el artista. "Entonces, haga un paisaje de mí".

Mi papá es arquitecto y siempre trae una pluma en la bolsa de su camisa. Cuando comemos y se pone a hablar, toma una servilleta y en vivo ilustra las cosas que dice. Toma vuelo y hace dibujos a mano alzada, figuras geométricas que se vuelven casas, líneas que trazan una firma, letras, matrices y fachadas. Pero nunca ha sentido seguridad por dibujar caras. Como si alguna parte de su cerebro se saturara. Entra en pánico su mano y la precisión de las geometrías se rompe, como un vidrio que estalla contra un toldo porque el silicón vencido del edificio desvencijado donde vivo no iba a aguantar para siempre.

"Si no estás pudiendo dibujar es quizá porque el lugar donde vives no es apto para eso. Los lugares y las acciones que puedes hacer en él están conectados".

Todo eso me lo dice mi compañero Eduardo, luego de que leo en clase un texto sobre escaleras y apatía.

“Nadie puede vivir bajo un puente”, respondo. Pero luego pienso que tal vez sí.

“Egon Schiele dibujó mucho en la cárcel, y eso que la cárcel no es un lugar agradable”, agrega Darío, mi maestro de dibujo.

Pero las libretas sí que lo son, pienso. Las libretas son lugares que me encantan y ni a ese lugar me sé fugar ya. No sé qué me pasa que no ya puedo dibujar.

“Si no puedes dibujar, escribe. Escribir también es dibujar”, me dice por último Eduardo. Y empiezo una lista a mano de todo lo que es para mí dibujar, o las razones de hacerlo sin pensarlo demasiado:

Dibujo para entender, dibujo para explicar, dibujo para preguntar, dibujo cuando dejo de pensar, dibujo si me descuido mientras hablo por teléfono, dibujo cuando suelto un momento el celular, bailan círculos, olas, garigoles cuando tomo una pluma y es como bailar con los ojos cerrados, como si una melodía se apoderara de mis pies y luego mis piernas y luego mi mente y mis ojos ya no ven. Ven mis manos. Pasa como pasa al escribir a velocidad. Dibujo para preguntarme, escribo para responderme aunque nunca llegue a nada. Cocino para dejar de pensar. Pero si alguien me encarga una ilustración, me paraliza.

Cuando mi papá fue estudiante de arquitectura, todo se hacía a mano. Escribir a mano no es lo mismo que escribir en computadora. Tecleo a prisa y volteo el orden de las letras. No volteo letras cuando escribo a mano porque son mecanismos diferentes. Cuando escribo a computadora mi mente no alcanza el equilibrio de la izquierda y la derecha y a veces una se le adelanta y escribe una letra más a prisa que la otra.

Abirl

ejemparles

hoal

Estudí en una secundaria técnica donde me enseñaron taquimecanografía. Nunca supe usar la taquigrafía. Tomaba dictados para la clase o para el examen y luego no sabía regresar esas palabras a nuestro mundo, volverlas comunicables. Era como echarlas en saco roto. Trataba de memorizar todo el dictado porque la maestra se paseaba entre nuestros cuadernos, asegurándose de que no dejáramos notas pequeñas abajo de cada signo. Nunca lo recordaba todo y era tal vez porque nada en ese mensaje tenía sentido.

a quien corresponda dos puntos queda de usted sin más por el momento

En cambio, la mecanografía es de las mejores cosas que pude haber aprendido. Gracias a haberla practicado desde tan chica y con todos los dedos, la velocidad de mi tecleo es casi tan veloz como va mi cabeza. A mano no puedo luego escribir tan rápido. O pasa lo que pasaba con la taquigrafía, que hay mensajes que quedan para siempre indescifrables. Y aun así, nada me libera tanto como escribir a mano: me regresa al ritmo de las cosas, a la pausa del mundo de afuera, sobre todo cuando mi cabeza se acelera y no espera a mi corazón.

Hay quien dice que la letra a mano es un tipo de dibujo. Cuando digo que ya no puedo dibujar y parece que no hay realmente ninguna acción que lo impida, pienso que escribir a mano puede ser como dibujar. Si lo que me importa del dibujo es la huella de mi cuerpo en un papel, escribir a mano es definitivamente dibujar.

“Tu cuerpo es también tu casa. Una extensión de tu casa. Los espacios son también el vínculo que se hacen en su interior”.

Todo eso lo dice Karla, la otra maestra que no es de dibujo exactamente, porque ella estudió teatro y complementa la clase con un enfoque que tiene que ver más con el cuerpo y el performance.

Si la casa puede ser lo que está adentro y no el contenedor, tal vez sí tenga una casa y el problema no esté en el lugar sino en mí. Y eso tiene solución.

Al cerrar su oficina, mi papá me dio un boche de dibujos de la casa de Morelia, la casa donde nací. Mi papá no hizo muchas casas, pero hizo decenas de puentes. De niña le preguntaba cómo un material líquido podía volverse sólido. Íbamos a sus construcciones en proceso y yo veía en el piso la mezcla de grava, arena y cemento con agua, y no entendía cómo luego eso se volvía el muro de una casa, menos aún su techo. Cómo evitar que el techo se te derramara encima, que un puente se desintegrara como líquido en el río. Veía las maderas y las varillas firmes. La mezcla como agua. Y no entendía los cambios de la materia. A la menor provocación, mi papá tomaba una servilleta y con su pluma trazaba, tomando el vuelo necesario, todo lo que tenía que explicar para entender

cómo se hace una casa, cómo se tensan las fuerzas de un puente. Luego el concreto se seca y se queda así firme para siempre. A veces no entendía su letra ni sus explicaciones. Pero lo veía fluir en líneas bien trazadas y en ideas que ya no me decía a mí, sino a un más allá a donde a veces se iba mi papá y se volvía inaccesible. Cuando volvía en sí, porque casi a gritos se lo pedíamos mi hermano y yo, mi papá nos intentaba dibujar a nosotros. Y en ese intento por retratarnos, perdía la maestría del trazo. Como si viera mejor para adentro que para afuera. Como si fuera capaz de sacarse a sí mismo de dentro y ponerse ahí en el papel, con esa técnica aprendida del dibujo arquitectónico, las perspectivas, los puntos de fuga, los horizontes. Como si no supiera bien cómo recuperar o registrar el exterior, los objetos vivos, el presente. Y en esa imperfección perfecta, la servilleta se volvía el puente entre dos mundos: el suyo y el mío, el nuestro. Y a pesar de no lograrlo y reírse en el intento, mi papá lo intentaba. Nos dibujaba a mi hermano y a mí y quedábamos bien chuecos; como es chueca la emotividad de la mirada que pones sobre alguien que quieres. Imposible abstraer eso con absurdas geometrías.

Dibújame una casa, papá. No necesito mi retrato, dibújame a mí porque he olvidado quién soy, quién era, quién se suponía que me volvería. Dibújame una casa para no estar a la intemperie.

Pero no sé dibujar casas, me dice en un sueño. Y me imagino pidiéndole entonces diseñarme un puente. Hazme un puente, inventa una escalera, crea para mí un artefacto que me conecte con el lado de allá. Que me permita moverme para no estancarme.

Capítulo 3: Como decía mi abuela, si supieras que te vas a caer, te sientas

Cuando notas un patrón en tu vida que te lastima cada vez, sientes vergüenza y después culpa, me dice Sonia. A quien conocí aquí, en Corferias, hace trece años.

Leo al poeta Radu Vancu en el newsletter diario que manda la poeta Robin Myers, y leo sobre la utopía y pienso que este poema puede ser leído en este congreso, lo guardo. Está en inglés. Una traducción del rumano de Alina Stefanescu. Lo leo y lo releo y no lo entiendo del todo, pero algo me duele. Me gusta su ritmo y que hable de gatos, perros y del infierno. Siento que habla de la escritura. Siento que habla de no dibujar y de esos

días en que tengo miedo y se me va el hambre. Y tengo la necesidad de traducirlo yo también, pero solo puedo hacerlo del inglés al español:

Mi utopía era tu corazón./ Tu utopía, un ingenio más modesto, era el paraíso.// Lo construiste furtivamente, con un pesar en tu corazón (mi utopía),/ y cuando estuvo terminado, nos lanzaste a su interior, así como avientas a un lago/ una bolsa de plástico, con un nudo bien apretado, lleno de perritos recién nacidos.// Y tapaste tus oídos con tus palmas luminosas, para que no fueras a escucharnos lloriqueando.// Y asignaste a tus teólogos a escribir, con sus palmas luminosas, que ningún paraíso puede existir para perros ni gatos.// ¿Qué necesidad tengo yo de un paraíso que no tenga perros ni gatos?// El diablo se necesita a sí mismo. Sería como un paraíso sin niños.// Ya sea que te quites las palmas de los oídos, o que nos dejes traer a nuestros gatos y a nuestros perros al paraíso de los corazones arruinados,/ sé lo que dirás: que yo, también, he tirado bolsas con nudos bien apretados al interior de mi corazón, llenos de gatitos y perritos recién nacidos que continúan ahogándose.// Que yo, también, puse mis palmas luminosas sobre los oídos de mi corazón para no oír sus gemidos enloquecidos de terror.// Que yo, también, usé mi pluma como los temblorosos teólogos/ que temían sus propias lenguas de fuego, pues no existe un paraíso/ en mi corazón para los perros que habitan entre nosotros./ Y tienes toda la razón. Me parezco a ti. Yo fui tu utopía.// Y esta sola idea debería hacerte mirar/ hacia arriba, aterrorizado —verme dentro de la bolsa de plástico/, cerrada con un nudo bien apretado en la boca.”

Capítulo 4: Nombre es destino

Cuando era niña una señora me leyó la mano y me dijo que mi línea del corazón se dividía en dos, de manera paralela. Habría un cambio brutal en mi vida, o radical, que a la vez se iría tejiendo con otro en paralelo.

Desde pequeña no sabía si sería una muerte, una mudanza de país o un vuelco en mi vocación.

Me he mudado de casa dieciocho veces.

Entre esas líneas paralelas se dibuja una línea más gruesa, un vacío.

El espacio vacío.

Ese lugar de paz mientras ocurre lo siguiente.

Ese lugar amargo antes de que pase algo. La casa de la abuela. La sopa de lentejas. Un viaje una vez al año. Vernos lentamente envejecer y a la vez ser siempre los mismos. Una familia en un lugar lejano del que nunca me quiero ir. Unos hermanos de otro lugar. Una utopía.

El lugar al que huyo y en el que no me puedo quedar demasiado, para que no pierda su magia.

Dice Carlos Fuentes en *La muerte de Artemio Cruz*:

“Nadie se enterará, salvo tú, quizás. Que tu existencia será fabricada con todos los hilos del telar, como las vidas de todos los hombres. Que no te faltará, ni te sobrá, una sola oportunidad para hacer de tu vida lo que quieras que sea. Y si serás una cosa, y no la otra, será porque, a pesar de todo, tendrás que elegir. Tus elecciones no negarán el resto de tu posible vida, todo lo que dejarás atrás cada vez que elijas: sólo la adelgazarán, la adelgazarán al grado de que hoy tu elección y tu destino serán una misma cosa: la medalla ya no tendrá dos caras: tu deseo será idéntico a tu destino.”

Crecí con un miedo muy grande al futuro.

Toda mi familia es de miedosos.

Mi papá creció temiendo que lo mataran a él y a su familia, sobre todo a su papá.

Mi abuelo paterno era un ingeniero y político y luchador social, que estuvo dos años en la cárcel luego del movimiento del 68.

Cuenta mi papá que iban a matar a mi abuelo, a su papá, y pasó dos años escondido en casas de amigos. Dos años después preso. Mi papá consiguió un permiso para poder entrar a la cárcel de Lecumberri a que mi abuelo le enseñara matemáticas y física para prepararse para el examen a la preparatoria.

Mi abuela era maestra normalista, de primaria y luego de Historia en secundaria. Mi abuelo dio clases en la universidad y conferencias por el mundo sobre ingeniería y política y estuvo en comisiones nacionales sobre acuerdos de paz.

Mi abuelo no fue el único escondido; mi abuela y sus cuatro hijos, mi padre el segundo, también se tuvieron que ir de su casa a otra ciudad, cambiar de nombre.

Mi abuelo escribiría años después una autobiografía titulada “Si te agarran te van a matar”.

Era natural, supongo, que mi papá siempre estuviera asustado de todo. En especial porque mi abuelo, a pesar de haber vivido todo eso, nunca tuvo miedo de nada. Tal vez solo a que no lo quisieran, a que alguien lo dejara de admirar.

Yo le tenía miedo a mi papá y sentía que había heredado todos sus miedos aunque no los conocía. Si le mentía y me cachaba, pensaba que ese gobierno del que mi abuelo huyó para mí eran mis padres. Mi familia, mi gobierno. Si me agarraban yendo a la tienda sin permiso, si reprobaba una materia, si mentía, me iban a matar.

Mi mamá creció temiendo a sus hermanos.

Era la penúltima de cinco hijos, la única mujer. Sus hermanos la molestaban o le pegaban y ella se refugió toda su infancia en su recámara, jugando con muñecas y temiendo de noche al diablo.

Capítulo 5: Nadar en la oscuridad

Crecí comiendo sin sal. En casa de los abuelos Delfi cocinaba con puras hierbas de olor. El sabor de lo salado siempre estuvo acompañado por un aroma entre dulzón y fresco. La frescura sabe a nube, a azúcar, a aire. El sabor del jitomate siempre estuvo unido al del laurel. El sabor de las cosas no viene de los ingredientes ni del tiempo de las recetas. El sabor de las cosas viene de la mano que se los pone. La mano de Delfi era suave y dulce, fuerte y firme, equilibrada y perfecta, en el sentido en que la perfección de todo lo que está por venir nace en la infancia. Y cuando la probamos por primera vez aún no sabemos que ese sabor se convertirá en la medida de todas las cosas.

Capítulo 6: El dibujo infinito

La famosa frase de Paul Klee que dice que un dibujo es una línea que sale a pasear. Para que la línea salga a pasear, para que haya una línea, hubo primero un punto. A él es a quien antes hay que mover, desde el juego, la curiosidad o en ciertos días, la rabia. “No necesitas ver lo que alguien está haciendo/ para saber su vocación,/ sólo tienes que observar sus ojos:/ un cocinero mezclando una salsa, un cirujano/ haciendo la primera

incisión, un empleado llenando un formulario/, todos tienen la misma expresión de raptó,/ olvidándose de sí mismos en una acción./ Qué hermosa es/ esa mirada de ojo-en-el-objeto”, dice W.H. Auden.

La primera línea trazada en mi vida, el punto del que parto, la célula que fui y un cordón umbilical que se extiende y se aleja y se acerca. Salta y muta. Se enreda y se estanca. Rompe un papel y sigue en la madera, el concreto, la tierra. Se porta en la piel y se mueve para siempre conmigo. En cada paso que doy, en las vueltas que completo en el parque donde corro, en los pasos contados en un día por mi celular, caminos trazados desde lo alto de Google Earth, la app de Nike o mis tenis desgastados.

No es lo mismo tener un propósito que una vocación, escuché en un episodio de Hidden Brain. Un propósito es lo que te permite vivir un día con día, soportar lo que no quieres vivir. La vocación es lo que haces a pesar de todo y gracias a todo. Está más ligada a la identidad.

Una vez un fisioterapeuta me dijo que tenía tres pisadas. ¿Qué marca habrá dejado cada una? ¿Qué vacíos cuando saltaba de una a la otra?

El papel que juega la línea en mi libro álbum favorito: *Yo espero*, de Davide Cali y Serge Bloch. Ese hilo rojo de la vida que es destino pero es sobre todo movimiento. Una leyenda sobre el hilo con el que nacemos. El personaje de George Clooney en *Up in the air* acumulando millas para algún día llegar a la luna en esa distancia sumada de su vida.

A veces pienso que planear una operación es como planear un viaje a la luna.

Hace dos años iban a operar a mi mamá. Un fin de semana me reuní con mi familia y nos dio la noche. Las caras de todos se iban volviendo un cuadro en claroscuro como de Rembrandt. Hasta que prendimos la luz. En esas instancias, prender la luz es casi como apagarla. Como hacer que la función termine. Como cuando termina la película en el cine y la luz te saca de ese lugar fantástico, ficticio, donde habitaste la última hora y media, dos horas, cuatro horas y media. En ese comedor que durante tantos años albergó los domingos de soufflé, chicharrón en salsa verde, mole con arroz, tarta Tatin y bolillo con frijoles (el plato favorito de mi abuela para la sobremesa y el café), en ese comedor que está en esa casa que fue luego fue hogar de mi hermano y mi cuñada, ahí se nos hizo de noche un día que era mi cumpleaños y pese a todo pronóstico de lluvia, luego de que Lilian mi cuñada clavara un cuchillo en la tierra, no llovió, y entre mi papá, Santiago y mi hermano prendieron el carbón y comimos carne y chorizo y hamburguesas, y platicamos hasta tarde, y luego no nos podíamos ir porque sí llovió y ya nadie podía estar en el

jardín. Las casas tienen memoria y ésta es como si estuviera hecha de una piel conocida, como si nos recordara. Como si llevara más de una década esperando nuestro regreso.

Mi papá contó de una serie en Netflix sobre el Challenger. Famoso por accidentarse frente a todo un país viendo el despegue, y por tener como tripulante a Christa McAuliffe, la maestra a la que prepararon en cuatro meses en un entrenamiento que en astronautas profesionales dura un año. Si ese hubiera sido el único error de la misión. Y no fue en realidad nada que tuviera que ver con la maestra per sé, sino que su presencia hizo empujar un tiempo que debió haber sido más amplio, y no a lo loco, para poder planear con calma la misión. En las entrevistas que hicieron a varios de los encargados, algunos dicen que siempre se negaron a que el despegue ocurriera en esas condiciones, que se mostraron en desacuerdo, que nadie los escuchó.

Cuántas cosas hay que tener en cuenta para ir al espacio. Los materiales y cómo cambian en distintas temperaturas, el clima y su interacción con la velocidad. El astronauta como un actor que se muestra sonriente aunque quizá sean sus últimas fotos, su familia como un espectador que aplaude aunque quiera llorar. O vomitar.

Ir al espacio o una operación a corazón abierto son actos de magia.

Recuerdo la vez anterior que operaron a mi mamá. Tengo un cuaderno verde lleno de dibujos hechos de ilustraciones y palabras. Una crónica sobre los días, una historieta de los apodos para cada médico. Un carrito de fotos de la espera infinita en mi celular. Que al tiempo lo eche a andar la pluma, esa voz que igual corre aunque el tiempo se detenga. Videos de mi hermano haciendo malabares junto a la ventana del cuarto en Cardiología. La paz de ese espacio, un silencio dulce. Mis agruras de noche en un cuarto sin mi mamá, aunque ella fuera la paciente. Ella en terapia intensiva dos o tres o cuatro noches. La enfermera que llega distraída al cuarto a tomar los vitales y me los empieza tomar a mí a las tres de la mañana. Yo dormida en la cama de mi mamá. No soy yo, le digo entre sueños, hasta que me suelta y me regaña. Hago como que me regreso al sillón. Pero nadie más ocupará sino yo esa noche la cama. La trenza que le hizo la enfermera Raquel a mi mamá justo antes de que se la llevaran a operar. Ella despidiéndose entre risas y sonrisas como si estuviera a punto de irse a Disneylandia y yo sin saber si la volvería a ver.

Una actriz y su espectadora. Una madre y su hija. La vida que pasa y nos une y separa por un hilo a veces cerca, otro lejos. Un dibujo infinito irrompible.

La válvula se suponía que iba a durar unos diez o quince años. Se descompuso a los siete.

Mi mamá y yo comiendo en el restaurante de siempre, sentadas en una sobremesa que se extiende porque la lluvia llega y no para.

Ya me contaste todo lo que yo tengo que hacer si te mueres, le digo. ¿Y tú qué quieres hacer si sobrevives?

No me responde mucho. Me dice que ahora mismo solo puede pensar en esto cuando le pregunto qué va a hacer después de la operación. Sólo puedo pensar en esto, me dice. Mi objetivo es seguir viva.

Hay un video de después de la operación de 2015, ya de vuelta en su casa, donde mi mamá abraza a un niño frijol, un peluche que ella misma cosió, mientras se ríe de la película *Muertos en un funeral*, cuando un hijo venido a menos (como hijo) trata de hacer una elegía a su padre, a pesar de que su hermano es escritor profesional. Mi mamá llora de risa cuando el amante del padre muerto salta todo drogado del ataúd, atrapado ahí por una serie de enredos. Mi mamá se aprieta el muñeco contra el esternón porque hace unos días se lo fracturaron para la operación a corazón abierto. Ahora cada que se ríe siente que se le va a abrir la carcaza. Así le dice a lo que siente. ¿Qué tan duro se tendría que reír para que el alambre que mantiene todo junto ceda? Toca el límite, lo abraza y lo reconfigura dentro, cerca de ella con cada carcajada. Con un muñeco que la devuelve a una infancia donde no lo tuvo a él de compañía. Un momento de sentirlo todo.

Mi mamá siempre escribió en manuscrita. Su firma es una serie de garigoles que se entrelazan en un baile dulce que conecta la primera C de Carmen con la segunda de Cabrera. De niña, yo imitaba su firma y hacía una A intentando que se pareciera a esa C. Luego hacía una C intermedia y en vez de Castillo escribía Cabrera. Mi firma terminó siendo solo mi nombre en un garigol que promedia la firma de arquitecto de mi papá (que a su vez estaba basada en la de su propio padre) y ese mar ameno que se dibuja en círculos de la firma de mi mamá.

El escritor mexicano Erik Alonso siempre me cuenta de un libro infinito para decirme que no ha terminado de escribir su ensayo *Los procesos*. Para explicarme cómo no deja de crecer, extenderse y mutar sin dejar de ser el mismo libro. Me platica que cuando cree que ya lo terminó, se da cuenta de que sigue escribiéndolo en el que antes pensaba que era un nuevo libro. Pero resulta ser siempre el mismo libro, como si no quisiera que jamás se acabe.

Si del cuerpo al mundo vamos trazando dibujos con lo que podemos: piel, cordones, celular, genes, cabello, ¿dónde empieza el dibujo y dónde acaba el mundo? ¿Leer para siempre no es también escribir, y por eso ni un libro ni un dibujo acaban nunca? ¿No es un espejismo la idea de quietud, no es el silencio sino una acción prolongada, el ojo-en-el-objeto que no se quita nunca, que al extenderse para siempre parece ser inaudible?

¿Qué quiere decir no querer dibujar, o a qué me refería, hoy que siento que todo es dibujo?

Shankar Vedantam cuenta que en un estudio psicológico llevan a un grupo de personas a subir una montaña. A algunas les preguntan qué harán después de subir: cenar algo rico, salir con amigos, llegar a casa. Ahí la subida a la cima empieza a pesar más. Quien no piensa en ese después, sólo sube la montaña. Cuando te pones una meta más allá de la meta inmediata, el momento presente se vuelve un obstáculo porque el futuro se vuelve un premio y el presente un deseo de evasión.

¿Qué pasaría si mi mamá no hubiera sobrevivido la operación? Su cabello, sus trazos, su huella ya está por todos los lugares por los que pasó. Como si nada pudiera morir del todo entonces. Un dibujo infinito donde, para que la tinta no se estanque, hay que dejarla correr para ver qué nueva ola viene en el siguiente trazo.

¿Y si sobrevives qué vas a hacer?, le pregunto a mi mamá y me resuena mi propia pregunta. ¿Está lista para morirse pero no para sobrevivir?

Fue como si te aventara una piedra y tú se la hubieras devuelto, me dice Santiago mi pareja.

Y luego pienso en el experimento de la montaña y la imagen cambia.

Estar lista para la operación.

Porque si el futuro solo puede ser invención, hasta hoy eso es la vida que hay.

Vedantam pregunta: ¿Sientes que tu vida tiene una dirección clara? ¿Crees que tus actividades cotidianas son importantes y atractivas? Tener un propósito no se vive como una verdad objetiva, sino como una experiencia subjetiva. Como Clooney, quizá la única manera de llegar a la luna es una milla a la vez.

Capítulo 7: Eres una gallina, McFly

El secreto de todo está en lo que une los puntos, de A a B. Ese trayecto es la amistad en cualquiera de sus formas. Amor fraternal, laboral, maternal o paternal. Se trata de tratar al otro como uno, el mismo barco.

Cada receta me conecta con otra persona. Un sabor es pleno cuando no se le esconde.

Al principio de la segunda entrega de la saga *Volver al futuro*, vemos a Marty saliendo de su garage y encontrándose con Jennifer, que ahora es interpretada por Elizabeth Shue. Llega el doc y se van todos a su futuro, en 2015, para evitar que el hijo de Marty termine arrestado.

La película empieza el 26 de octubre de 1985, y su primera parada es en 2015. Mi parte favorita del futuro era donde metían una mini pizza deshidratada al horno humectador y salía gigante. “Nadie humecta como tú las pizzas, abuela”, dice el hijo de Marty en la escena.

Al llegar al futuro el doc deja inconsciente a Jennifer para que al final del viaje piense que todo fue un sueño. La dejan tirada en un callejón y unas policías la encuentran y, al tomar sus huellas, rastrean su casa y la depositan dormida en la oscuridad de su sala. “Las huellas son algo que nunca cambia”, dice el doc. Las dos Jennifers se encuentran, una joven y otra vieja. Se ven a los ojos. Y el universo no explota.

Hace un tiempo pienso en la paradoja de Teseo. Si un barco sale de un punto A a un punto B, y en el camino va reemplazando todas sus piezas, al grado de que al llegar ya no conserva ninguna de cuando salió, ¿sigue siendo el mismo barco? ¿Somos el trayecto o las piezas, o esas arrugas primigenias en los dedos que siempre nos harán la misma persona?

No logro reconectar con el flujo de los días y falta para poder armar una nueva rutina. Las películas me ayudan a colocar lo que siento y escribir sobre ellas, a no hablar realmente de mí.

Lastimé a alguien por algo que escribí en enero y desde entonces no sé ni cómo retomar la escritura y decir lo que quiera.

Supongo que una parte de escribir implica también ser valiente, responsable y asumir las consecuencias de lo que uno dice. Parte de su magia es que permite registrar los sucesos a la vez que ordena las emociones, porque pone distancia.

Mi cuñada ya no me habla, ya no es mi cuñada. Mi hermano tampoco pero no fue por nada que escribiera. No entiendo nada y ya tampoco escribo.

Cuando venga el futuro, ¿dónde estaremos parados estos mismos personajes? ¿Qué brecha en el tiempo se colará para hacer un mundo paralelo en este mismo tiempo donde otras posibilidades sean visibles?

En un día me quedaré sin trabajo.

Pienso en Marty y su gran debilidad cada que alguien lo llama *gallina*. Así perdió su carrera como guitarrista y se metió en muchas innecesarias peleas. Quisiera identificar eso que me engancha y que no me pertenece, ese anzuelo que lanza el otro para que uno termine haciendo lo que no quería hacer.

Yo, al contrario, me quedo callada. Y veo películas.

Capítulo 8: El milagro secreto

Yo no quería que nada cambiara, no estaba exactamente en mis planes. Quizá eso es lo que más descontrola de un cambio, cuando es inesperado o cuando algo que querías te deja ir. No he logrado concentrarme bien y ver películas me libera de esa presión de trabajar, dejo a mi cerebro divagar y se da una especie de meditación narrativa.

El otro día no podía escribir y me puse a ver la serie de Tig Notaro: *One Mississippi* otra vez. Mi amiga Idalia, con quien tenía que entregar un texto al mismo tiempo, cada una el suyo, se burló de mí en público por leer mal un mensaje donde yo le decía que no estaba escribiendo, que quizá mañana. Estaba esperando que algo me llegara, una primera frase, para poder articular esas ideas volando como billetes voladores en una cabina telefónica, agarra todo lo que puedas. Así era el programa de TVO en los noventas.

Cuando la mente está ocupada, o cuando está vacía, nuestro cuerpo pasivo hace parecer que estamos en descanso.

No he descansado hace meses. Lo poco que me ayuda a encontrar un hilo es la música o subirme a una caminadora. O salir al súper, caminar y cocinar. Así fue que terminé viendo *Volver al futuro II*, porque en la primera escena, la música de inicio me atrapó y no me soltó hasta el final.

Lo que más he hecho es ver tele.

En *The Big Door Prize* un día aparece en un pueblo una máquina de monedas que te dice tu verdadero potencial. Todos los habitantes se vuelven adictos, si bien es un juego de una sola vez. Un oráculo que por un par de monedas te da una carta que revela en una palabra qué podrías ser para ser la mejor versión de ti: héroe, padre, silbador, maestro, mago.

Entre un duelo brutal de su hija única y su cumpleaños número 40, Dusty recibe la noticia de la llegada de esa máquina y se resiste a usarla. El pueblo está enloquecido cambiando su vida, un habitante a la vez, mientras que algunos prefieren no saber si deberían irse por otro camino o elegir, usar su libre albedrío, y permanecer en la vida que llevan.

Apenas voy a la mitad y no sé bien qué pasará, pero intuyo una vuelta de tuerca que puede simplificarlo todo.

La semana pasada cociné arepas con varios amigos del trabajo. Ante la incertidumbre de todos sobre el día en que nos correrán, y si sí nos correrán a todos, cada quien hablaba de su metáfora ante la situación. Un compañero dijo que era como estarse acostando con un ex que es un desgraciado, y que da pena decir que no es que volviste volviste, sino que están ahí cotorreando. Yo usé una metáfora a partir de una anécdota sobre Dostoyevsky quien, a punto de ser fusilado, cuando llegó el día le dijeron que no, que siempre no lo matarían, y en cambio lo mandaron a vivir a Siberia por el resto de sus días. Frente a sus verdugos él lloró: "Ya estaba listo para morir hoy, mátenme".

¿Qué pasaría si después de esta larga espera, que viene ocurriendo desde enero, al final no me corren a mediados de mes?

En *El Milagro Secreto* de Borges Jaromir Hladík, está condenado a muerte, pero necesita un año más para terminar de escribir su opera. Los días transcurren y llega su fusilamiento. El tiempo se derrite cuando las balas están a punto de llegar a él y todo se detiene. Como en la *Bella durmiente*. El tiempo sigue transcurriendo en su cabeza y logra terminar la historia, afinarla, volverla perfecta. Solo ahí todo se reinicia, el personaje muere. Ser escritor para Hladík no necesita lo material ni un lector, solo crear una obra perfecta.

Si viviera en el pueblo de Dusty y tuviera esas dos monedas, ¿qué me diría la máquina sobre mi vocación actual, mi verdadero potencial? En un sueño hace poco, la tarjeta me dijo que sería maestra. Y extrañé dar clases y empecé a pensar en todas las posibilidades para dedicarme a eso ahora.

Luego de comernos las arepas con mis amigos, jugamos el juego de la Aldea, donde algunos son aldeanos y dos personas son lobos. Uno es Dios y decide quién es quién en el juego. Los lobos abrirán los ojos y se reconocerán. Los aldeanos intentarán encontrar a los lobos. Los lobos mentirán y los aldeanos no sabrán si realmente otro aldeano dice la verdad o si miente y es lobo. Los lobos irán matando aldeanos al llegar la noche. Alguna de las dos fuerzas vencerá.

Mi hipótesis es que quizá The Big Door Prize es un juego de rol, y no un oráculo. Pero es un juego que todos los habitantes, o aldeanos, están tomando literal, al pie de la letra.

Tampoco es que yo sea Dostoyevsky y que nadie vaya a matarme. Moriré solo en ese mundo domestiko que he habitado por cuatro años. Volveré a ser freelance y la vida cambiará a su manera, de maneras que aún no sé. Si me vuelvo maestra o si siempre lo fui. Si cocino para vivir de ahora en adelante, como desde hace unos meses, y no en el sentido del dinero. Si vuelvo a escribir y me convierto en alguien valiente en vez de un cuerpo tendido en su cama, mirando las historias de otros pasar y tejiendo así el tiempo detenido hacia el calor de un futuro en Siberia o para siempre atrapada en mis historias como *El Milagro Secreto* de Borges. Si Dios me diera esos segundos más, ¿para qué los usaría?

Capítulo 9: Qué es el placer

La otra mañana que no podía escribir, traduje el poema "Placer" de Rick Barot. Traducir también es escribir. El newsletter de Robin es lo máximo.

Te han dicho que creas en un paraíso
y luego está el paraíso que llegas a conocer.
Los zapatos alineados en pares en la puerta
y la manada moviéndose con su propósito misterioso
a través del llano oscuro. El azul del cielo
que es el cénit de todos los colores
y lo que el hombre del cuarto de al lado ama,
fuerte y áspero como una montaña de piedra.
Mi mente tiene un metabolismo lento, es muy lenta

para entender lo que cualquier cosa quiere decir,
pero entiende que si tú te quedas mirando algo
el suficiente tiempo, ese algo tendrá también
algo que decir sobre ti. El sol que amanece extrañamente brillante
algunos días, un canario envenenado,
y el jardín de piedras que quedó cubierto de nieve durante el invierno
revelado en abril. Aprender décadas más tarde
el nombre del hospital en el que naciste
y ver a un niño comerse un mango
como si fuera tiempo lo que se come, tiempo brillando
en sus labios. Hay pocos días en que acepto
con el cansancio de estar vivo que siente cualquier poeta
a la persona equivocada en el mundo correcto, y creo
además, en jamás presentarme
con las manos vacías, incluso si mi placer favorito
está fundido con la miseria. Siempre estará
el otro lado del corazón, sus palabras como conjuro:
Estás aquí. Puedes empezar otra vez. Levántate y anda.

Capítulo 10: Su tronco endereza

Empecé a ir a correr porque mi papá me llevó. Nos llevaba a mi hermano y a mí a los Viveros. Su hermano Héctor acababa de regresar de estudiar un doctorado en Estados Unidos y regresó divorciado, así que también íbamos con mis dos primas.

Sus hijas y mi hermano y yo más o menos nos llevábamos la misma edad. Marcia y yo somos del '84, Valeria del '85, Tomás del '86. Marcia corría al ritmo de su papá; mi papá y yo en cambio íbamos atrás de mi tío y Marcia. Yo siempre de inmediato con dolor de caballo y pésima actitud.

En esa época, desde los 13 años, fumaba a escondidas y mi papá lo sabía. Él pensaba que si me llevaba a correr iba a dejar de fumar. Quizá el dolor de caballo me daba más por estrés que por mala condición, y cada sábado acabábamos peleándonos mi papá y yo porque no aguantaba ni una vuelta, mientras que mi tío y mi prima sí.

Atrás de todos iban Valeria y Tomás, jugando con ardillas, pateando piedras, sin nadie que los molestara ni les exigiera nada. Al final, mi papá y mi tío daban otra vuelta juntos a toda velocidad, mientras los cuatro primos los esperábamos en el punto de inicio, antes de ir por un jugo. Tomás y Valeria dibujaban pitos o escribían groserías con palos en la tierra, Marcia a veces acompañaba a su papá y al mío a dar la última vuelta, y yo casi siempre me sentaba en una piedra y me quedaba llorando de lo encabronada.

Pero hubo una vez en que no fueron mis primas ni mi tío, y que tampoco fue Tomás. Ese día mi papá me llevó con más calma, con más paciencia, explicándome que todo estaba en la respiración y enseñándome cómo sacar el aire por la nariz y evitar respirar por la boca. Me daba kleenex cuando se me empezaban a salir los mocos y al fin logré dar una vuelta entera sin parar ni llorar ni pelearme con él.

Mientras bajábamos el paso y seguíamos por los caminos de en medio descansando el trote, mi papá me condujo hacia unos pasillos al fondo, en lo más oscuro del parque, y me dijo que me iba a enseñar su árbol. Yo no entendía cómo podía reconocer un árbol entre puros árboles. Y me dijo que ese árbol era especial.

Y ahí estábamos frente a ese árbol que empezaba todo torcido, zigzagueando su camino de la tierra hacia el cielo, y justo en medio detenía el vaivén y crecía recto, firme, menos alto que el resto de árboles a su alrededor, que sus probables hermanos, pero igual de largo porque le había tomado tiempo enderezar su camino. Y la madera era la misma.

Capítulo 11: La herencia

Para cuando el papá de Betty Draper tiene un infarto cerebral, ella y Don están casi separados. En el episodio 10 de la temporada 2 de Mad Men, Don está bastante mal parado ya, Betty desconfía de él por infidelidades descaradas y porque no sabe realmente quién es, ni su nombre. A su padre le está ocurriendo lo mismo, y en un descuido confunde a su propia hija con su esposa muerta y al abrazarla la manosea. Todos fingen que las cosas están bien. Quizá lo que más descontrola a Betty con esa acción de su padre es que acaba de tener relaciones con Don esa noche, donde termina embarazada de un bebé al que le acabarán poniendo Gene de nombre, como a su padre.

Los duelos elevan la libido. La vejez confunde generaciones y es normal anhelar la juventud. Pensarse uno mismo más joven.

Mi tío se murió intestado. Había escrito su voluntad solo en un documento de Word firmado a mano. Mi otro tío también, pero él murió muy joven y mi abuelo tardó mucho en recuperar una casa que le había regalado, pero que jamás llegó a habitar. Mi mamá vive en una casa que era de mi abuela paterna, dejó dicho que ahí podía pasar el resto de sus días, aunque mi abuela ya no estuviera.

Ese jueves en la mañana hablamos de todo. Cuando algo pasó y mi papá me dijo que eso mejor no se lo dijera a mi mamá, le respondí como no pude hace veinte años, cuando me enteré de que mi papá tendría un tercer hijo pero me pidió no decirle a nadie, especialmente a mi mamá. Esta vez le dije que la angustia se calma hablando y que solo cada quien puede decidir a quien le dice que cosas. Le dije: Yo le voy a decir lo que quiera a quien yo quiera.

Hace mucho no me daba un ataque de pánico. Por primera vez me di cuenta que eso estaba pasando y lo transité con cierta calma. Recordando varias otras veces que me pasó lo mismo y luego se hizo de día y yo seguía aquí. Logré bañarme y después dormirme en silencio. Ahora que ya es de mañana solo me siento enojada. Pienso en todo lo que se debe decir y no decir. Pienso en la hermana de mi amiga que le pidió mejor hablar las cosas y en cuanta razón tiene. Me gustaría estar en una situación así donde pudiera hablar las cosas. Quizá para los que tenemos todos esos lazos rotos solo queda escribir. Decirle lo que quiera a quien yo quiera.

Hacía más de seis meses que no veía a mi papá y la pasé muy bien comiendo y platicando con él. Volviendo a los Viveros a donde me llevaba de niña a correr, y como yo fumaba mucho en esa época, no lograba correr ni dos kilómetros sin que me diera dolor de caballo y él se frustraba. Solo quería salvarme.

Le conté el año que tuve que cuidar a mi mamá. Le dije que había acabado agotada. Traté de hacer que no la juzgara por no hacer ejercicio y tener miedo de salir. No sé exactamente qué vivió de niña. Vino su prima de Xalapa y nos invitó a visitarla. Solo te subes en un camión aquí y ellos allá te recogen, le dije a mi mamá. Me dijo que no quería ir sola. Lo que uno se pierde no yendo sola a lugares, le conteste. Pero se que no iría sola, quizá vaya yo con ella en unas semanas a ver a Tere, la hermana de mi abuela que está cumpliendo 92 años.

Los días siguientes he seguido pensado mucho en cómo hay quien necesita que lo cuide y hay quien tiene que aprender a cuidarse. Mi papá me dijo que cuando mi mamá se muera esa casa será suya y quizá algún día mía. Yo nunca he tenido una casa mía, no desde que era niña y nos fuimos de Morelia. Qué se sentirá recibir una herencia.

Quería ver a mi papá porque una vez Santiago me dijo que, aunque le dolía la muerte de su padre, estaba en paz: en paz con la vida y en paz con él. Cuando se murió mi tío mi prima nos dijo a mi hermano y a mí: Aprovechen a su papá, no saben qué es saber que no lo volverán a ver.

Yo quiero estar también en paz con él. Quitarme este rencor del cuerpo. Ayer que lloraba no sé exactamente de qué lloraba pero me liberé mucho.

En este mismo episodio de Mad Men, Peter y Trudy discuten sobre adoptar a un hijo, luego de varios intentos fallidos de quedar embarazados. “No estoy seguro de poder amar a alguien que no tiene mi sangre”, le dice Peter. Y ella: “Yo no tengo tu sangre y me amas a mí, somos familia”.

Casi todo el desayuno mi papá habló de mi abuelo, de archivos de fotos y videos viejos, de construcciones y puentes. Y me enseñó muchas fotos de su cuaderno de la universidad, cuando estudiaba arquitectura, y le dije que lo escaneara e hiciéramos un fanzine. Creo que entendió que quería publicarle una novela y me empezó a contar historias de mi abuelo que no me interesaron tanto como sus dibujos y anotaciones a mano. Me contó que está jugando a reconstruir todas las casas que alguna vez construyó porque de muchas perdió los planos. Es como reconstruir a ciegas, dibujar sin ver el papel, solo queda la memoria. Luego me mostró el proceso de construcción de una casa, la casa de mi prima; la sombra de unas escaleras aún sin barandal, una telaraña pintada en el muro, parecía. Nunca he ido a esa casa pero es de todo de lo que se habló por años en la familia antes de pandemia. Quedó hermosa.

Pensé que una escalera no es muy diferente a un puente. Más que casas, es lo que mi papá ha hecho, puentes. Y puede ser que esa es mi herencia también, una vocación de pasar de la nada a la nada, transitando una sombra, una telaraña invisible.

Capítulo 12: Ya suélteme el brazo, señora

En los últimos años he buscado de nuevo todos esos dibujos y pinturas que llegué a hacer, los que hice de niña incluidos. Como si al recobrar ese pasado y ver en los trazos lo bien que la pasaba pudiera de algún modo hacer un conjuro y romper el miedo. Veo mis pinturas de niña y le pido a esa persona que ya no soy, a ese barco que cambió todas sus piezas, que me contagie un día las ganas de pintar.

Yo no sé qué soy hoy ni que seré mañana. Amanece y pienso que esa luz en mi muro es un dibujo de sol. Que la sombra de mi gato no es sombra sino su marco. Su figura, una mancha que pinta el presente.

Nunca he dejado de dibujar en mi cabeza. Leo el mundo como si fuera dibujo. El reloj de sol es un ritmo que se pasa al bailar y comer, que se recorre de eso que fuimos a lo que no sabemos que seremos.

En ese salto al vacío, respiro. Llegaré como un mismo barco aunque ya no lo sea. Siempre la misma. Nunca seré una casa, una obra terminada. Mi vida será y siempre estuvo destinada a ser trayecto. Soy ese puente que cambia pero es a la vez una casa. Mi casa.

¿Y ustedes? ¿Qué dicen las líneas de su mano?